

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

MADRID

CALLE DE QUEVEDO, 7

DIDACTICA

LA ENSEÑANZA DEL TRABAJO MANUAL

A juicio de muchos educadores, la mejora más honda y transcendental que se ha hecho en la Escuela primaria actual, es la introducción en el horario de los trabajos manuales con carácter educativo.

No porque con ello se produzca gente más diestra, más práctica para la vida doméstica, más apta para el comercio y para la industria, sino porque con esta enseñanza se formarán ciudadanos de una fibra intelectual más variada.

Y es que los trabajos manuales son un instrumento de educación general, por lo que no debemos buscar nunca en ellos una especialización determinada, que, por otra parte, no lo permitiría la edad ni la imprecisión de la vocación de los niños que acuden a la Escuela primaria.

Los trabajos manuales tienen una *utilidad práctica*, indiscutible, y proporcionan un sano fundamento de solidaridad social y de dignidad del trabajo, finalidad que Devogel, antiguo Director de la Escuela Morichar, de Saint Gilles, y actualmente Director de la Enseñanza de Bruselas, denomina las *Modernas Humanidades*. En efecto, el trabajo manual escolar tiene como finalidad:

a) La *educación física* del niño, en el doble sentido, por una parte, de fortificar el cuerpo, afirmar el temperamento y proporcionarle las condiciones higiénicas necesarias a su desenvolvimiento, y, por otra, la agilidad y destreza de la mano, la prontitud y seguridad en los movimientos, la educación de la vista, etc.

b) La *educación intelectual*, puesto que por el trabajo manual se proporcionan y afirman multitud de conocimientos, especialmente los relacionados con la aritmética, geometría, dibujo, etc.; desenvuelve, ade-

más, el espíritu de observación y de iniciativa e influye en el desarrollo de la atención y del carácter y es un poderoso auxiliar de la disciplina.

c) La *educación estética*, porque habitúa poco a poco al niño a disponer todo con orden y gusto artístico: líneas, formas, colores...

d) La *educación moral*, porque contribuye a la dignificación del trabajo, de que tan necesitada está la sociedad.

A este respecto, decía el gran Jules Ferry:

«El trabajo manual tiene un alto valor moral, porque hará desaparecer los prejuicios que todavía subsisten de que el trabajo muscular denigra. El cepillo y la lima deben tener, junto al compás, al mapa y al libro de historia, un lugar preeminente, y su empleo debe ser objeto de una enseñanza razonada y sistemática.»

Si para todos los hombres es útil aprender el trabajo manual, para los niños que asisten a nuestras Escuelas, la mayor parte pertenecientes a la clase humilde y productora, resulta una necesidad.

Y, como resumen, he aquí lo que afirma Mr. Arthur Nyns:

«Con el tiempo, el niño aprenderá tanto por la mano y la herramienta como por el cerebro y el libro.»

La enseñanza teórica, verbal, fastidiosa, cederá el sitio a una enseñanza práctica, activa, alegre, que provoque el amor al estudio y al trabajo.

Los trabajos manuales tienen un valor educativo enorme; ellos responden a la necesaria actividad del niño, desenvuelven el espíritu de observación, forman el juicio, fortifican la voluntad, crean hábitos de orden y cultivan el sentimiento de lo bello.

La enseñanza de los trabajos manuales, en fin, constituye la mejor forma de educación por la vida y para la vida.»

Sin embargo, todavía no se ha llegado a sacar todo el partido posible de esta disciplina en nuestras Escuelas primarias. Solamente merece aplauso la orientación que se sigue en la enseñanza del trabajo manual, ingenuo y encantador, en las Escuelas maternales, las últimas creadas, pero las de más vida y mejor definidas, dentro de la gran familia escolar.

La regla que mejor señala la nueva orientación en esta enseñanza, consiste en *aso-*

ciar, en todos los ejercicios que lo requieran, que son la mayor parte, el *trabajo manual* con el *dibujo* y las *matemáticas*, principalmente la *geometría*, según demuestra nuestro compañero S. Pintado en el citado libro; esto es, primeramente dibujar, con las dimensiones dadas, el objeto que se ha de ejecutar o reproducir, o bien ejecutarle primero y dibujarle después, terminando por el estudio de los elementos geométricos y la resolución de problemas.

De esta manera, el trabajo manual es más práctico, más útil y más agradable.

P.

¡ A L B R I C I A S !

La campaña de Marruecos ha tocado a su fin, según declaraciones oficiales lanzadas a los cuatro vientos de la publicidad por el alto mando en tierras africanas. Felicitémosnos de que así sea.

Las tropas van siendo repatriadas paulatinamente. Esas tropas que han roído el hueso más duro en la contienda se están reintegrando en nuestra amada patria; y ya, en los hogares paternales de esos intrépidos soldados, se habrá dejado de verter lágrimas por el hijo que se fué, quizás para no volver más. Las madres, al darles el abrazo y beso de vuelta, habrán llorado, sí, pero de alegría al volver a ver en sus regazos a los hijos de sus entrañas. No así otras madres que, dando la nota triste, seguirán llorando hasta el fin de sus días por los hijos amantísimos que perdieron en la ruda contienda. ¡Vayan hacia ellos nuestras oraciones y nuestras coronas de nardos, pensamientos y siemprevivas!

El honor de España, por el momento, está a salvo. Falta ahora salvar el honor de la Escuela, del niño y del Maestro, promesa que se nos hiciera en diferentes ocasiones, en que la Nacional y la Confederación del Magisterio hubieron de acercarse a los magistrados de la nación que están en el deber de arreglar la cosa pública, conforme con urgentes necesidades que en ellas se dejan sentir.

La situación incongruente en que se hallan miles de locales Escuelas, es vergonzosa para un país, como el nuestro, ávido, hoy más que ayer, de ponerse a la cabeza de las grandes potencias; y la angustiosa situación económica en que yacen otros miles de Maestros de la séptima, octava y novena categoría del Escalafón, es ya insostenible en razón a la carestía de la vida.

Pacificado Marruecos, vuelta la tranquili-

dad a los hogares de nuestra honorable ciudadanía y mermados considerablemente los gastos que iban dando al traste con nuestro Erario nacional, el Gobierno que hoy nos rige, Gobierno de indiscutible celo por lograr el engrandecimiento de la patria, debería de abordar en los presupuestos generales del Estado para el año próximo estos tres puntos esenciales:

1.º Auxiliar a los Ayuntamientos con cantidades prudenciales para refaccionar los locales Escuela que se encuentren en estado ruinoso.

2.º Que desde primeros de noviembre próximo, los Maestros que den las enseñanzas de adultos, perciban por este trabajo extraordinario 500 pesetas, hasta tanto que el Tesoro se halle en condiciones de soportar los gastos que implica la cuarta parte del sueldo personal, que es lo mandado en el Real decreto de 1906, el cual sigue en vigencia; y

3.º Que el sueldo mínimo sea de 3.000 pesetas, y que un solo Escalafón sea el que predomine en el Magisterio.

Puestos los puntos sobre estas *ies*, la enseñanza primaria, de un valor primordialísimo e importante para todos los órdenes de la vida, será una utopía, en razón a los materiales de fábrica que se le dan para su desenvolvimiento y desarrollo.

Todo se lo merece el niño, ese niño de las generaciones que se suceden y que en el mañana ha de heredar nuestros aciertos o nuestros errores, con los cuales hará, o una patria viciada, maltrecha y rota, o una nación grande como los espacios siderales, que se acapaz a sombrar al mundo con sus adelantos.

Confiamos en el actual régimen y casi tenemos la certeza de que el próximo Presupuesto de Instrucción pública corroborará nuestros asertos.

RAFAEL MONTES TRAPERO

La bondad de los niños y la malicia de los pueblos

Siento el aleteo de sus sonrisas como una caricia bienhechora, y cerrando los ojos a cuanto me rodea, veo con claridad el encanto de sus caritas sonrosadas, que como capullos en flor nos invitan a amarles sin cesar. ¡Qué buenos son los niños! ¡Ellos nos suavizan la ingratitud de los padres! Ellos son la causa, no lo dudéis, de que cumplamos muchas veces con el deber, dando al olvido las ofensas, y allanemos los obstáculos de que los hombres nos siembran el camino.

Si quieres, amable lector, convencerte de mi aserto, lee, con indulgencia, estas líneas.

En un pueblo de la provincia de X, donde el caciquismo, no obstante la buena voluntad de nuestros actuales gobernantes por su extinción, sigue en su período árido, se atropellan las leyes y disposiciones de una manera y con una tranquilidad asombrosa, y sus trasgresores siguen inmunes a toda responsabilidad contraída, como si un hada misteriosa les envolviera en sus tenues y sutiles gasas, poniéndoles a salvo del poder de la justicia.

En ese pueblo, como consecuencia lógica y como rémora para sus planes injustos, les estorba todo lo que signifique cultura, les conviene que el pueblo siga en su ignorancia para manejarlo a su antojo; por eso, lo más natural, es que los locales a Escuelas destinados sean unas zahurdas indecentes, donde no hay aire, no hay luz, y su arribo a ellas es una empresa titánica, pues su escalera no parece hecha para seres racionales.

El Inspector, al girar visita y ver el estado verdaderamente doloroso en que tenían que desenvolverse los Maestros, por humanidad de éstos y cariño a los niños, pues son un verdadero atentado a la salud infantil los referidos locales, ordenó su clausura, urgiendo a la Junta a habilitar otros locales donde instalar sus Escuelas. La flamante *Junta* se rió de la orden, y como retando a la Inspección pidió la supresión, como medida preventiva, de la única Escuela de niñas (de un pueblo de 1.500 almas), más tarde se haría lo mismo con la de niños, cuando viese un Maestro que no comulgase con sus ideas. ¿Para qué querían ellos estos Maestros contrarios a su manera de pensar?

Entre tanto los meses pasaban, y los niños, sin culpa alguna por su parte, se veían privados del alimento de sus inteligencias y

seguían corriendo por la incuria y mala voluntad de los hombres. En torno de la joven Maestra se cierce una atmósfera insostenible y hostil; ella, que llena de entusiasmo y vocación llegó al pueblo a consagrar sus energías a la niñez, se encuentra envuelta en estas redes caciquiles.

Es ella la que tiene la culpa de las exigencias del Inspector, por ella se han clausurado las Escuelas; eso dicen, no creáis que el vulgo, la *Junta*. Lo que ella quiere es comerse el sueldo sin trabajar; nadie protestó de los locales donde tantas generaciones han *deprendido*, agregaba el alcalde en la magna sesión celebrada para formar expediente a la Maestra, que resultó negativo, porque la Inspección encontró méritos en lugar de delincuencias.

Y la pobre Maestra, que tan bárbaramente había sido herida en su dignidad profesional, me decía en vacaciones: «revolveré todo, todo; rogaré al Inspector que me autorice dar clase en cualquier sitio, a trueque de demostrar al pueblo que siento más que nadie este estado de cosas».

Efectivamente; comunicó su decisión a la Inspección, estaba dispuesta al sacrificio, aceptaría cualquier local, la calle, en último extremo, el caso era reanudar las clases.

El Inspector Jefe accedió a estas súplicas, y conminó de nuevo al Ayuntamiento a darle en 1.º de septiembre local; pero, una vez más, a la comunicación se la dió carpetazo, había necesidad, según sus proyectos maquiavélicos, de seguir dando la sensación de que la Maestra era la culpable, y el local no parecía. Agotada la paciencia en la Inspección, autorizó a la Maestra dar clase en la calle, y el 3 del actual, en un ángulo de la plaza pública, comenzaron las clases...

A la media hora de encontrarse con sus niñas realizando la sublime misión de su magisterio, sucede... ¡Lo que parece increíble en pleno siglo XX! Es requerida por un agente de la autoridad para que se retire inmediatamente, y le hace saber por medio de un oficio, que *el muy ilustre Ayuntamiento* le impone *una multa de 15 pesetas*, por realizar actos punibles en la vía pública. ¡¡Qué sarcasmo!!

Al leer la carta en que me comunicaban esto, sentí indignación, algo que se rebelaba en todo mi ser protestando con todas mis

energías de este atropello inaudito. ¿Para esto sacrificábamos nuestra ilusión, nuestra juventud, lo mejor de nuestra vida a los pueblos? Pero al releer la lectura de la carta se operó en mí una transformación radical, toda la indignación que sentía hacia los hombres se convertía en gratitud y cariño hacia las niñas. ¡Aún hay en la tierra ángeles que merecen todos nuestros desvelos!

Las pequeñueñas, al darse cuenta de lo ocurrido, reclamaron todas, como movidas por un resorte, con voz insegura por la impresión tan poco grata que la escena les produjo. ¡No se apure usted, nosotras, entre todas, pagaremos la multa! ¡No consentiremos que por enseñarnos la castiguen!...

¿Tenía razón al decir cuán buenos eran los niños? Esta espontaneidad infantil será, sin duda alguna, lo suficiente para que la Maestra a que aludo olvide los agravios que le han inferido. ¿Qué culpa tienen los hijos de las culpas de los padres?

¡No retrocedamos, abnegados compañeros, ante hechos tan bábaros e indignos como el que acabo de describir; pero hagamos que estas infamias lleguen a nuestras autoridades para evitar su desagradable repetición, máxime en el momento actual en que se dan tan amplias facultades a las Juntas.

ANTONIA GARCIA

Septiembre, 1927.

ORACION A LA ESCUELA

¡Venerada seas, índice y guía de nuestra senda!

Rincón eterno que aguarda alegremente la visita de todos.

Tú eres el hogar que nos ilustra.

Tú arrebatas al ignorante su vestidura sin brillo.

Tú eres la que nos conduces por la senda perpetua del progreso.

¡Oh! templo sagrado, cuya superdivinidad es el saber; ¡oh! Escuela, centro de cultivo de los grandes pensadores y de los grandes idealismos; en el umbral de tu puerta, ¡cuántos han pisado!

Tus bendidas aulas se han visto honradas con la presencia del niño que apenas podía balbucear palabras monosílabas, como por hombres de cabezas encanecidas; unos comenzando la jornada de la vida y otros sirviéndoles de sostén, para que sus pasos fueran firmes y seguros.

De tu seno surgieron los grandes pensadores y sabios.

¡Oh! Escuela de mis recuerdos; Escuela en donde aprendí a pronunciar, en el lenguaje predilecto, las primeras letras del abecedario.

Tú eres la que haces resplandecer mis ilusiones y haces revivir todos mis anhelos en el futuro, en el venturoso porvenir.

Tú eres el brazo de piel tersa y delicada que desenvuelve y despeja el cerebro humano. ¡Oh! Escuela, templo proficuo, guía de progreso, civilización, bienestar, riqueza, tranquilidad, felicidad, gloria; yo te saludo, y me inclino ante tu inmaculada grandeza.

IDA EPSTEIN

ECOS DEL MAGISTERIO

Sobre oposiciones restringidas.

Debemos procurar conseguir, con ayuda del incansable defensor EL MAGISTERIO ESPAÑOL, que a los aspirantes que vamos a presentarnos a dicha oposición restringida convocada, que somos del segundo Escalafón, que si haciendo buenos ejercicios, no nos llega plaza de 3.500 pesetas por ser muchos opositores, que se nos den las plazas de 3.000 pesetas que resulten vacantes por la corrida de escalas que produzcan dicha oposición; nada más justo, además, pues si la convocatoria no nos las asigna, la Real orden nos las concedía, del mismo modo que tampoco la convocatoria facultaba aspirar a dos categorías y como la Real orden daba ese derecho, al reclamar Maestros a quienes interesaba, se les facultó con la conocida circular de la Dirección general de Primera enseñanza para aspirar a dos categorías; por tanto, el celoso MAGISTERIO ESPAÑOL como nosotros los interesados, debemos, repito, solicitar que las resultas de la corrida de escalas de dicha oposición de plazas de 3.000 pesetas, que legalmente deben ser para la oposición restringida, que se concedan a los Maestros del segundo Escalafón que hagan buenos ejercicios en las mismas ya convocadas, pero que por haber exceso de aspirantes del primer Escalafón no les llegue la puntuación a obtener plaza de 3.500 pesetas, ya que, como digo, eso es lo legal, y eso es lo que la Real orden anterior a la convocatoria disponía.

Confío, pues, en que nuestro defensor EL MAGISTERIO ESPAÑOL y los Maestros del segundo Escalafón lucharán sin descanso por conseguir ese derecho de justicia.

JOSÉ LANAÓ

aprecio la honra de la que va a ser mi hija, como la mía propia, he conseguido que mi hermana les acompañe a Argel, donde deben estar a estas horas en casa de mi primo Pascual. Y allá se estarán viviendo honradamente, como dos hermanos, hasta que tú tengas a bien apearle de tu burro o hasta que ella cumpla la mayor edad... Prisa, no hay. Como no hay deslices que tapar, tanto nos da dentro de un año como dentro de dos.

—¡Bandidos!... ¡cómo la habéis urdido para hacerlos con los dineros de la muchacha!

—Cállate, Salvador; no hables de bandidos ni mientes a los ladrones. Porque si aquí hay algún ladrón, no será precisamente el padre que ha marchado tras de los pasos de su hijo para darle la última lección de honradez, recomendándole que respete como a la Virgen a la mujer a quien las rebeldías de la vida pusieron en sus manos. ¡Creo yo, que más bien se puede llamar ladrón...

La voz se hizo más baja, y en el silencio del atardecer, la dignidad ultrajada de Batiste silbó con ira.

—... al que despoja, al que usurpa... al que amenaza a mano armada en la soledad de la noche a un funcionario público para que le ayude a cometer una falsificación; al que paga espías que vigilen y secuestren a la sobrina de su señor... ¡al que amasó una fortuna hundiendo las manos hasta el codo en las arcas ajenas!

—¡Y tú, tú, que fraguaste el plan de acuerdo con tu hijo para llevarte a Pura y hacerte así amo de su dinero! ¡Tú, ladrón de honras y de mujeres!

—Mira, Salvador; en los tiempos que corremos

el fondo de un tapiz representando una escena de campo. Erró su mirada sobre el varguño valiosísimo, atestado de cerámica antigua y bronce primorosos; sobre los lindos bocetos de acuarelas, trazados por una experta mano (la de la maestra, sin duda); sobre los muebles señoriales y ricos, todo de un exquisito gusto, envuelto todo en el sello incopiable de una verdadera distinción, flotando en el ambiente ese toque sutil del arte y la elegancia, que es como un reflejo de la persona que lo habita, que lo usa, que lo roza, que pone en su fisonomía de cosa el hábito de su propia existencia espiritual, corría la mirada de don Abilio llena de admiraciones.

Sobre un caballete colocado en un ángulo estaba un apunte firmado por Gonzalo Páez, el pintor consagrado recientemente en la Exposición de Pintura con la primera medalla, premio a su cuadro «La fiesta de las rosas», celebradísimo por la opinión y por los críticos. Don Abilio reconoció al instante el apunte. El famoso cuadro había sido reproducido por los periódicos ilustrados; allí estaban las rosas multicolores, el cielo purísimo de Levante, el campo esmaltado de margaritas, la muchacha ciega que parece ver, al sentirlos, cada uno de los detalles del cuadro en que se mueve. Más arriba del caballete hay un retrato de la Montessori en rico marco de metal. Absorto andaba en fervorosa contemplación, cuando se alzó el cortinaje de una puerta y apareció ante él la silueta señorial y atrayente de la profesora.

—¿La señorita de Alonso de Espinal—preguntó inclinándose don Abilio.

—Servidora de usted, caballero. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con el inspector de su zona, señorita. Abilio Ortuño, servidor de usted—aclaró, explicándose, mientras se inclinaba con profundo respeto.

Un momento quedaron mirándose. Esbelta, priomorosa, muy linda en la sencillez de su vestidillo de luto, Julieta tenía un aire de candor y de pureza que convenció al instante al hombre de mundo y de experiencia, que era D. Abilio, de la falsedad de las declaraciones del alcalde.

Pero en aquella ocasión, era juez imparcial, y, ante todo, debía manifestarse severo y desapasionado. Sentándose en el sillón que Julieta, con un mohín, todo distinción, le señalaba, preparábase ya a hablar, cuando ella le tomó la vez, diciendo con la suavidad de su voz unas breves palabras que cortaron el silencio, un tanto embarazoso, de los momentos preliminares.

—¿Viene usted en visita de inspección?

—No; vengo a saber el motivo de esa clausura del local-escuela que se hizo sin autorización y sin advertencia de los superiores.

—¿Sin su autorización?... Estoy esperándola desde hace quince días que escribí a usted, participándole la aparición de la epidemia del sarampión y el estado ruinoso del local.

El aire de Julieta era tan sincero, y su sorpresa tan real, que Ortuño sintió que la muchacha decía la verdad. Súbitamente tuvo el presentimiento de lo ocurrido; la mano negra puesta al servicio de una mano perversa interceptando, Dios sabe con qué fines, la carta de la maestra al inspector; segura-

—Sabrás que vengo de Alcoy, de buscar a la Pura y al sinvergüenza de tu hijo...

La madre pegó un respingo, que dominó, ahina a una imperativa mirada del marido.

—¿Y qué?

—Que no los he encontrado, y, naturalmente, vengo a preguntarte qué ha sido de ellos... Creo que me asiste ese derecho...

—Ciertamente que te asiste. Pero también te asistía el de cuidar de esa muchacha como si fuese tu hija, y no cuidaste; y el de proporcionarle la felicidad, que no sólo de pan vive el hombre, y no sólo no se la proporcionaste, sino que has puesto todo cuanto estaba de tu parte para romperle la vida... Si no cumplistes tus deberes, ¿a qué sales ahora reclamando derechos?

—Porque entre tú, que has sido el alcahuete y el capatorero y ese indecente de tu hijo, habéis deshonrado el apellido y la memoria del que os dió el pan toda vuestra vida, al deshonrar a Pura Páez.

—¡Mentes!...—vociferó indignado Batiste, levantándose con un gallardo gesto de nobleza—. Mi hijo no ha deshonrado a Pura Páez; mi Nelet la quiere demasiado para no estimar la honra de la que ha elegido para mujer suya y madre de sus hijos, por encima de todas las riquezas del mundo; y esa estimación y ese respeto que por ella siente... ¡porque es un hombre de bien!, le ponen a salvo de todas las tentaciones y de todas las flaquezas... Ya puede cruzar con él el mundo entero, que segura va, y no será ni hijo el que se atreva a tocarle el pelo de la ropa. Eso sin contar con que no van solos, porque por el buen ver de las gentes y porque yo también

seando ya esta'llar, desahogar su mal humor y su cólera con alguien, porque sentía un hervor en el cerebro que le daba vértigos, y una opresión en el pecho que le ahogaba, cogió el revólver, su compañero inseparable de glorias y fatigas, y enfió el camino de la Morera, decidido a tenerla muy gorda con Batiste, a quien, en su fuero interno, estaba maldiciendo con toda su alma. Batiste estaba cómodamente repantingado bajo la sombra del parral, a la puerta de su casa, en mangas de camisa y con los brazos arremangados hasta el codo, charlaba perezosamente con su mujer, sentada sobre el escalón del portal, desgranando unos garbanzos tiernos. Serían como las seis de la tarde.

Salvador tenía un aspecto torvo y desencajado, que daba en qué pensar. Saludó con un «buenas», que más pareció un gruñido, al que contestaron con todo comedimiento y compostura Batiste y su mujer.

—¿No te sientas?—preguntóle el mediero, señalándole la silla de esparto colocada muy cerca.

—No—gruñó con voz sorda Gironés—; lo que tengo que decirte es corto y no necesito asiento.

—Pues empieza cuando quieras—alentó el labrador, sin perder un punto de su serenidad.

Detúvose Sa'vador un instante, sin saber por dónde comenzar. Esta calma de Batiste le imponía, a pesar suyo; se daba cuenta de que el camino a seguir no era el de los insultos. El mediero de la Morera era un hombre muy digno, ante el cual se estrallaban esos procedimientos mezquinos.

Bastante desconcertado, Salvador empezó con una vacilación ligera:

mente para poder afirmar luego que ella procedió arbitrariamente, por sí y ante sí, menospreciando el consejo de sus superiores.

—Yo no he recibido ninguna carta de usted, señorita.

—Pues la escribí, señor inspector. Y tanta seguridad tenía en que usted había de aceptar como buenas mis razones, que ante la tardanza de su respuesta clausuré yo misma el local, convencida de que usted aprobaría mi conducta. La epidemia iba en aumento y el médico me llamó la atención por dos veces.

—Hay quien dice que la epidemia no existe.

—Hoy está muy atenuada, sí, señor; pero en la fecha en que yo escribí a usted y en la otra más reciente en que cerré la escuela, estaba en todo su auge. El médico del pueblo, puede dar fe de lo que digo.

—Al médico del pueblo se le acusa de estar en inteligencia con usted...

—El médico del pueblo, señor inspector, no es capaz de aseverar una falsedad, protestó con dignidad Julieta; además, aún quedan enfermos de sarampión por el pueblo, y usted, puede verlos. Yo misma le acompañaré. Mi compañero, el maestro, tuvo también que suspender las clases...

—La acusan a usted, de abandono de destino.

—Mienten... Yo no he dejado de trabajar un sólo momento. Ahora, en estos días de vacación forzosa, organizo la exposición de trabajos escolares; luego la verá usted. Y pongo en orden el museo, y preparo en un patio que me ha cedido el cura, unas veladas teatrales, con las chicas mayores

que asisten a las clases extraordinarias de cultura general y maternología, para ver si podemos reunir fondos para restaurar el local-escuela o construir uno nuevo.

—¿Eso no es cosa del Municipio?

—El Municipio me ha dicho que no cuente con él, que no hay dinero; y el techo de la escuela está cayéndose. Tanto lo está, que días antes de estallar la epidemia, cayó de la bovedilla un cascote y lastimó bastante a una chiquilla; aún lleva la cabeza vendada; usted puede verla. Y dicho se está, que en el patio del cura yo no voy a dar clase en invierno, cuando el agua o la nieve nos eche de allí. Y meterme con las niñas bajo un techo que amenaza ruina, tampoco me meto.

—¡Ah, desde luego!... Clausuraremos definitivamente el local. Y el Ayuntamiento que disponga. Y si no quieren rascarse el bolsillo y dejan crecer a sus hijas como bestiecillas salvajes, tanto peor para ellos...

—¡No, por Dios, señor inspector!—imploró vehementemente la maestra... ¿Qué culpa tienen ellas?, pobrecitas. ¡Si usted supiera la gana que tienen de saber, la avidez con que reciben mis enseñanzas, el amor que profesan a la cultura!... No, no... Nuestro deber es luchar, sacrificarnos, poner a contribución de esta vocación, que es un sacerdocio de predeterminados, todas nuestras energías y nuestros esfuerzos. Capaz sería yo hasta de pedir de puerta en puerta una limosna para levantar esa escuela que se cae...

—Y yo estoy muy seguro, señorita, de que no habría quien le negase a usted el óbolo de la cari-

Y a la chita callando volvió a entrar en la More-ra un anochecer, satisfecho y tranquilo, cuando aún andaba Salvador Gironés pegando tumbos por Alcoy a la pesquisa de los tortolitos, con un humor de todos los diablos.

En su vida recordaba Salvador haber pasado unos días de mayor desatamiento de nervios que los que transcurrieron en el éxodo ya apuntado. Llegó a Benibarter rendido por la fatiga, ojeroso, extenuado y deshecho; contestó de muy mal talante a las apremiantes preguntas de la Anastasia, que se dió de manos a boca con él al revolver de una esquina, y se metió en su casa como una culebra en su agujero, harto de aguantar y de fingir y deseando olvidar, siquiera fuese por unas horas, todas las cosas que le estaban pasando. Pero estaba escrito que su odisea no terminase aún; porque no había hecho más que entrar en su amplia cocina, calzando ya unas alpargatas catalanas en chancleta, cómodo y fresco, cuando el alcalde se le presentó, lleno de misterios y tartamudeos, a darle cuenta de la visita del Inspector... Salvador tuvo un verdadero disgusto al apercibirse de que todo su trabajo fué baldío; inútil la calumnia, que no se fraguó con otro fin que el de poder apoyar en ella la denuncia, más inútil aún ésta y la sustracción de la carta. Todo el trabajo perdido, puesto que D. Abilio y doña Julia se habían despedido en la mejor armonía y cordialidad del mundo, y peor, por añadidura, porque el pueblo estaba sublevado contra ellos, encolerizado contra sus mandones.

Salvador Gironés despidió al alcalde con cajas destempladas, llamándole burro y mentecato, y de-

dad, si lo pedía usted en persona. Tiene usted un inmenso poder de persuasión. Es usted de las que van donde quieren..., ¡lástima grande que se consuma en los mezquinos límites de una escuela rural!

—Porque..., ¿acaso aquí no hay almas que forjar, ni ideales que sembrar, ni sentimientos, ni progresos, ni mejoramientos que desarrollar? ¿Es más noble nuestra profesión por ejercerla en los grandes centros, con medios adecuados, con honra y con provecho? ¿Por ventura, los ignorados, los desconocidos, los incomprensidos, los humildes, no somos más apóstoles del Magisterio, puesto que trabajamos en el silencio, en la incomprensión, en la hondura de una lucha titánica contra el recelo, la envidia, la apatía, el egoísmo y la inconstancia de las masas? Créame usted, señor inspector, que yo no cambio mi trabajosa escuela rural, por la más brillante cátedra de la Escuela Normal más acreditada... Ellos, profesores sapientísimos, perfeccionan inteligencias: nosotros, obreros modestos del montón, subimos más alto, nos acercamos a Dios; creamos..., sí, creamos la vida espiritual en la inconsciencia de las almas que se ignoran a sí mismas... y la huella de nuestro paso quedará como un toque candente, grabada a fuego, en esos espíritus que forjamos nosotros mismos en el yunque de nuestros entusiasmos. No, no me cambio por nadie, señor inspector.

Julietta vibraba de pasión; el inspector, completamente deslumbrado, se confesó que estaba ante una criatura excepcional. ¡Qué bajas y ruines le parecieron las malévolas declaraciones del alcaide! Ni aun se atrevió a terminar el interrogatorio; pareció-

CA ITULO XXVIII

Noche oscura del alma

EL éxodo de Salvador Gironés fué también como el del alcaide, lamentable y ridículo, porque después de pasarse inútilmente en busca de los prófugos, halló que Batiste de la Morera le había ganado la partida, y con un poco de temor se dijo que iban a encontrarse frente a frente, ahora que ya tenía él muy malas cartas en el juego.

Porque fué el caso, que Batiste, que conocía muy bien el paño, y temía cualquier violencia o atropello en la persona de los muchachos, se plantó en casa de su hermana, donde éstos se habían refugiado, y les convenció de la necesidad de poner pies en polvorosa antes de que Salvador diese con su refugio, que daría, porque tenía muy buen olfato. Y en compañía de ellos se trasladó a Alicante, embarcándoles para Argel en el primer vapor que salió del puerto. Cuando el barco traspuso la escollera, Batiste pegó un resoplido de hondísima satisfacción.

—Bueno, murmuró; ahora ya puede enviar si quiere a la Guardia civil para que los recoja. Ya nos veremos las caras tú y yo. Y te vendrá bien ancho casarlos.

le un ultraje. Metió la mano en su bolsillo, sacó la cartera donde reposaba la infame carta y, si enciosamente, la alargó a Julieta, diciéndole gravemente:

—Ha sido usted vilmente calumniada, señorita. Pido a usted perdón si una sospecha rozó mi ánimo durante unas horas... Yo no la conocía a usted aún. He debido romper esta carta sin que usted la leyese, pero es bueno que sepa de quién debe guardarse. Tenga la bondad de enterarse de ella.

Un silencio difícil y penoso reinaba en el salóncito mientras Julieta se empapaba de la asquerosa baba que de tilaba el repugnante papel... El rostro paternal de Pestalozzi sonreía a los chiclelos, que bondadosamente abrazaba; los ojos de Manjón atisbando la claridad celestial tenían un destello de desdén para aquellas miserias de los hombres.. Por el balcón abierto entraba la gran paz de los anocheceres serreniegos. Rumor de regatos y canción de brisas, luz de estrellas, recitar de frondas, majestades augustas de las cumbres, silencio..., paz. El Resinglé Alt se recortaba imponente sobre el azul bordado de estrellas; los pastores encendían en su pico enhiesto caprichosas hogueras crepitantes... El paisaje era sedante y austero; invitaba al reposo y al desprecio de las cosas humanas.

Con algo de inquietud espiaba D. Abilio el efecto que la asquerosa denuncia pudiera producir en la maestra, pero los rasgos plácidos de su cara no se alteraron apenas al leer el tejido de falsías urtidas contra ella... ¿Qué le importaban, si tenía en paz su conciencia? Desde algún tiempo a esta parte, se había acostumbrado a vivir en su torre de marfil, desprendiéndose de ajenos opinares. Su na-

—¡Bandido!

—¡Deshorral!

—¿Quién es, quién es?

—Id a preguntárselo al alcalde, que debe saber algo.

¡Mágicas palabras las del inspector! En un decir Jesús, vociferando y atropellándose unos a otros, el grupo desapareció como un fantasma en el misterio de la noche. Casi al instante, los gritos, los silbidos, los denuestos y ciertos estallidos característicos, daban fe de los desafueros que estaban cometiendo con los escasos cristales de la vivienda del señor Anesio Alós, alcalde de Benibarber.

Julieta, trémula, miró angustiada al inspector.

—¡No se preocupe usted, hija mía! ¡Están haciendo justicia!... Vox pópuli, vox Dei.



tural optimismo se había acrecentado con la racha de felicidades últimamente recibidas como una bendición del cielo... Pedrito, aprobado en el primer ejercicio, los estudiantes en casa ya, contentos y triunfantes con el curso aprobado; Clarita, en pleno mar de ensueño y de ilusión, gozando en la victoria estupenda de Gonzalo Páez; y ella..., amada por Leonardo, amada intensamente, generosamente sobre todas las cosas, con un amor tan ideal que parecía mentira que pudiese sentirlo un corazón de hombre. Bien veía ella que D. Abilio no creía ni una sola palabra de todo aquel enjambre de calumnias; pero aunque lo hubiese creído, aunque hubiese dado al traste con su carrera, tampoco le hubiera importado gran cosa. Tenía el porvenir deslindado y abierto ante ella... Pedro iba a bastarse a sí mismo, Alfredo y Flora terminaban al curso venidero, Clarita se casaría pronto con el pintor (quizá antes que ella con Leonardo), y para los tres colegiales daba suficiente el ma orazgo que poseían en tierras de Castilla... ¿Cuándo pudo soñar ella en sus días de angustia un desenlace tan feliz?

Lo único que podía sentir, en caso de perder la carrera, era tener que renunciar a su vocación... Mas, ¿verdaderamente había de renunciar a ella?... Siempre la ejercería; donde quiera que se encontrasen reunidas dos o tres criaturas sedientas de saber, derramaría ella la savia de su palabra y la dulzura de su magisterio, con compensaciones económicas o sin ellas, eso era igual; mejor sin ellas... Así sería más pura y más noble su labor; así sería realmente un sacerdocio y un apostolado...

D. Abilio no pudo hallar la pátina del desaliento

contentas?... No poco. ¡Pero si nuestras hijas eran unos animalitos cuando ella vino al pueblo! Y quisiera yo que usted viese cómo leen y como escriben, y las cuentas que hacen y las labores que salen de esa escuela... No, señor, no. Si usted le hace daño a la maestra, nosotras somos *donetes* que vamos al Gobernador, o al que manda en ustedes los maestros, y le decimos que queremos aquí a doña Julia, y usted lo va a pasar mal por que le pondremos en menos sitio que un dinero.

— ¡Eh, señora, poco a poco!

— Sí, señor. A usted es que le han bufado la oreja, ¡vaya!

— ¡Alguna mala lengua...

— ¡Así revéntara qu en sea!

— ¿Y usted se lo cree?

— ¡Mírela, si es santa, santa, santa, santa! ¿Verdad que tiene cara de santa?

— ¡Si la llega usted a sacar del pueblo va a saber cómo tienen los puños los mozos de Benibarter! — murmuró con brío un mozalbete.

D. Abilio dominó el tumulto, que crecía como un mar alborotado, con una gran voz que puso la quietud en el ambiente como por arte de magia.

— Yo estoy plenamente satisfecho de oír lo que me decís de doña Julia, porque vuestro testimonio es el mejor: la voz del pueblo es la voz de Dios. «Vox pópuli, vox Dei». Pero también es muy cierto que si yo estoy aquí es porque he recibido una denuncia en la que se habla muy mal de vuestra maestra.

— ¿Quién es el *lladre*?

— ¡Gos!

en la hermosa cara de Julieta Alonso de Espinal; tan sólo un gesto de desdén y de asco al darse cuenta de las insinuaciones odiosas del desgraciado del alcalde, acerca de su intachable reputación. El golpe descubría la mano artera de Salvador Girónes... Julieta se encogió de hombros.

—¡Bah!... no vale la pena de preocuparse.

—Y o pensaba hacerle tragar esa carta al que la ha escrito—dijo gravemente el inspector.

—¿No será concederle demasiado honor?—insinuó irónica la muchacha—. Créame usted a mí; déles la llamada por respuesta, si es que me cree usted calumniada injustamente. El desprecio es lo que más molesta a los que aguardan el estallido del escándalo; esperar un día y otro día que germine la semilla de su maledicencia, y ver que sólo el vacío y el silencio crecen a su alrededor; que en vano sembraron, que en vano roturaron el campo del desprestigio ajeno..., que la semilla voló y el campo sigue produciendo las florecillas blancas de la paz...
—Acaso tenga usted razón, hija mía—murmuró, convencido, D. Abilio—. Peor es menallo.

Así fué como el ilustre presidente de la Corporación municipal tuvo el dolor de ver que sus lindas calumnias se perdieron lamentablemente en la indiferencia y el olvido, dejando al descubierto la ruindad y la villanía de su alma.

Poro lo más lamentable del caso fué que no solamente cayeron en el vacío sus trabajos de zapa, que esto hubiese sido lo de menos, sino que no sabemos de dónde ni por quién, salió, corrió y fué difundida la especie de que D. Abilio Ortuño había ido a Benibarter a destituir a la maestra por

haberle hinchado la cabeza con sus historias, chismes y líos, Salvador Girónes y el alcalde.

Los pueblos son movibles como veletas e inconsecuentes como niños: los mismos que hacía unos días habían propalado con criminal inconsciencia las calumnias vertidas contra Julieta Alonso de Espinal, fueron los que en aquella memorable noche se agruparon hostiles en la puerta de la escuela, donde la maestra había entrado con el inspector a enseñarle el techo derrumbado y las malas condiciones higiénicas del local. Cuando ambos aparecieron en el umbral de la puerta, hubo un revuelo intenso, un cuchicheo amenazador.

La madre de Dolores Camps, una comadre rubicunda y poderosa, portestandarte de la opinión del grupo, creyóse en el derecho de interrogar al inspector, con actitud entre respetuosa y agresiva, como aquel que no sabe si habla a un amigo o a un enemigo.

—¿Qué?... ¿Es que se la va usté a llevar?... Pues nosotras no estamos conformes—aseveró rotunda y desafiante la tía Goría.

D. Abilio se caló los lentes, que cabalgaban sobre su nariz un poco fuera de sitio, y quedóse contemplando el grupo, formado, en su mayoría, por comadres bravías, niñas, muchachitas y algunos jóvenes.

—¿Y quiénes son ustedes?—preguntó gravemente.

—Pues mire usted, somos las madres de las chiquillas que van a la escuela.

—¿Y están ustedes contentas de doña Julia?

—¡Santísima Faz divina! ¿Dice que si estamos

REVISTA FEMENINA

DE PUERICULTURA

Decálogo de los padres

(Publicado y difundido por la Unión Internacional para la defensa de la infancia.)

I. Los más valiosos recursos de la educación encuéntrase constituidos por el ejemplo y la acción.

II. Pasead y jugad con vuestros hijos, de quienes debéis ser los mejores amigos.

III. Reprimedlos lo menos posible, alabando delante de ellos cuanto hagan de bueno.

IV. Procurad que vuestro hogar sea todo lo alegre y confortable que el dinero con que contéis os permita.

V. Seleccionad las amistades de vuestros hijos.

VI. Procuradles una primera enseñanza complementaria, amplia y una bien meditada orientación profesional.

VII. Intentad por todos los medios que en las prácticas religiosas pongan sentimientos elevados, alejándolos de rutinas embotadoras del sentido moral.

VIII. Demostradles el riesgo de los juegos en que se atraviesa dinero.

IX. Acostumbradles a las prácticas higiénicas, haciéndoles amar la salud propia y ajena.

X. Habitadles a sentir respeto hacia sí mismos, como medio de que lo tengan a los demás.

REGIMEN ALIMENTICIO

El azúcar

Entre las substancias que nos proporciona la Naturaleza, seguramente no hay ninguna tan indispensable como el azúcar. Es, como todo el mundo sabe, un compuesto hidratado de carbono que se encuentra en mayor o menor proporción en los reinos vegetal y animal, sobre todo en el primero.

Se conocen muchas de sus propiedades curativas. Recientemente se ha comprobado su eficacia en la profilaxis de la tuberculosis.

La tendencia de los niños a ser golosos, que les induce a robar los postres y a rebasar los límites de toda prudencia comiendo

golosinas, hasta acarrear una indigestión, no es más que una natural manifestación del instinto, que les hace apetecer y procurarse arrostrando reprimendas y castigos, la substancia que necesita su organismo para nutrirse y defenderse en esa edad tan crítica del crecimiento, y en la que existe en mayor grado la propensión a la tuberculosis y anemia.

Los trabajadores de Siberia resisten el frío y soportan el abrumador esfuerzo gracias al azúcar y las grasas; y en el ejército se sabe muy bien que un soldado puede soportar mucho mejor una marcha sin comidas adecuadas llevando en la mochila alimentos muy azucarados que carnes y pan.

Generalmente, se cree que el azúcar—el azúcar de caña, que es el mejor—se consume en Europa desde el descubrimiento de América. Nada menos cierto. Muchas plantas y cultivos tan valiosos como la patata y el maíz, por ejemplo, se los debemos a América; pero la caña de azúcar, por el contrario, nos la deben los americanos, aunque hoy sea cierta parte de América el mejor sitio productor.

Los acompañantes de Colón fueron quienes llevaron la caña de azúcar, que se cultivaba en Canarias y, por los árabes, en Andalucía, a Santo Domingo, donde se hicieron con excelente resultado las primeras plantaciones.

La caña de azúcar fué primitivamente una planta alimenticia, y sigue siéndolo todavía en varias comarcas de Asia, en las islas Filipinas y en las del Océano Pacífico. En la India y en la China se cultiva desde tiempos remotísimos, y del nombre sánscrito *sarkura* se han formado el árabe *sukhar* y los europeos *sucre*, *sugar*, *azúcar*, *zucker*, etc.

Teofrasto y Dioscórides mencionan el azúcar, que en aquellos tiempos solamente era usado como medicamento. Los judíos no la conocieron, y los antiguos habitantes de Babilonia tampoco.

En el siglo IX ya refinaban los árabes el azúcar procedente de la caña de la provincia de la antigua Persia, conocida con el nombre de Susiana. En el año 996 llegó azúcar, procedente de Alejandría, a Venecia, donde, al parecer, se le dió por primera vez la forma

de pilón, que, según algunos, procede de la China. Los médicos árabes empleaban el azúcar en medicina y, gracias a las Cruzadas, se vulgarizó su uso.

Los árabes, según hemos dicho, la cultivaban en España, teniéndose noticia de que a principios del siglo XV existían fábricas de azúcar en Motril. Después desapareció casi totalmente. Pero en el siglo XVI se establecieron en casi todos los Estados europeos refincrias del azúcar colonial.

Los mejicanos, antes del descubrimiento de América, extraían el azúcar del maíz.

Además de la caña de azúcar, de la remolacha y del arroz, se extrae también azúcar de distintas plantas. En China y Japón se extrae del sorgo; en la India inglesa, de una palmera; en los Estados Unidos, del arce; en el Canadá, de la savia del arce, etc.

Hay las siguientes variedades de azúcar: blanca, de flor, de fécula (glucosa); de frutos, de leche (lactosa); de lustre (la que ha sido molida y cernida); de plomo, de quebrados (la que está en pedazos por no haberse consolidado el pilón); de redoma (la que queda en las paredes de las vasijas que han contenido un jarabe); de saturno (plomo); de uvas (glucosa); invertido, mascabado o moscabado (azúcar de caña en bruto); morena (más dulce que el azúcar blanca por la miel que contiene); negra, prieta, refinada, roja (espuma y cazchaza); rosada (la que es esponjosa como un panal), y terciada (de color intermedio).

MEDICINA CASERA

El ajo y la diabetes

Según informes de Praga, dos médicos de esta ciudad han hallado en el ajo el específico contra la diabetes. La idea les fué surgida por un diabético que, tomando cada día los ajos de varias cabezas muy divididos, tardó muy pocos días en curar.

En Bohemia es general la opinión de las virtudes del ajo contra la diabetes.

Con el tratamiento de los ajos, los médicos aludidos, han comprobado la disminución de azúcar en la orina, pero en los casos graves, la depresión es sólo pasajera.

COCINA PRACTICA

Brazo de gitano

Se parten tres huevos y se baten las yemas con tres cucharadas de azúcar, cuchara-

da y media de harina, y otro tanto de harina de almidón.

Se baten las claras a punto de merengue, se mezcla todo y se continúa batiendo hasta que estén bien incorporadas unas sustancias a otras.

Se unta con manteca una lata que tenga un dedo de alto, se vierte en ella la masa y se mete en el horno. Cuando esté bien cocido el bizcocho, se pone sobre una servilleta y se le extiende por encima una crema hecha de alemnano con tres yemas de huevo y el azúcar y leche necesarios.

Se dobla después el bizcocho en tres partes con la misma servilleta, de modo que resulte un cilindro, y se sirve.

CONOCIMIENTOS UTILES

Limpieza de muebles de mimbre

Para limpiar los muebles de mimbre, que al terminarse el verano suelen estar bastante rozados, deben, ante todo, cepillarse con un cepillo limpio y duro. Si son teñidos, no deben lavarse con agua y jabón; se usará, en cambio, un trapo humedecido con parafina. Un poquito de lustre para muebles, discretamente empleado, hará que se vaya el olor.

Los muebles blancos de mimbre o caña se lavarán con agua salada, en proporción de cuatro cucharadas de sal para cada cuatro litros. Usese un cepillo de uñas, y no se moje demasiado la paja, porque se abriría. Enjuáguese, séquese y déjese al aire. El uso de agua y zumo de limón a menudo devuelve su blancura a los muebles de junco. El jabón los pone amarillentos.

Lavado de encajes

Para lavar y remozar los encajes debe tenerse en cuenta que los hilos que forman estos delicados tejidos suelen encogerse más o menos bajo la influencia del agua caliente. Así, pues, conviene sumergirlos, previamente enjabonados, si lo necesitan, en un agua casi hirviendo, mantenerlos en ella hasta que el agua esté tibia y entonces retirarlos, enjuagarlos, teñirlos, si se quiere, y arreglarlos, dándoles forma, y cuidando siempre de estirar los hilos. Para ello se les fija con alfileres sobre un muletón o bayeta gruesa, de tal modo, que sea sólo la cabeza del alfiler la que sostenga los hilos del encaje. Este puede ensancharse o disminuirse, a voluntad, según la distribución de los alfileres colocados mientras está húmedo.

A TRAVÉS DE EUROPA

VI.—Enseñanzas astronómicas.

En estos países, un poco septentrionales, de noches muy largas durante otoño e invierno, se revela una gran afición a la astronomía. Es como un recurso, aparte constituir una fuente de enseñanzas admirables.

Tres hechos hemos recogido, al pasar, que revelan esa afición: uno es el reloj astronómico de Estrasburgo; otro es el planetario de Nuremberg; otro es este astrónomo callejero de Praga, que en el puente magnífico de Carlos IV tiene un anteojo bastante bueno, y enseña a los transeuntes las manchas del sol.

Son pueblos que miran al cielo, sin descuidar por ello los intereses de la Tierra y los recursos de los viajeros.

Hemos descrito la parte externa, pintoresca, filosófica del reloj de Estrasburgo, en el desfile de apóstoles y los cantos del gallo.

Pero todo eso, que sorprende y admira a los visitantes y forma una saneada fuente de ingresos, tiene escasa importancia en relación con la admirable obra de mecánica que constituye el reloj propiamente tal. Actúa el reloj sobre un globo celeste que tiene señaladas más de 5.000 estrellas; una aguja señala la hora sidérea, y el momento del paso de las distintas estrellas por el meridiano se halla inmediatamente.

Un mecanismo ingenioso imprime al globo el movimiento de precisión de los equinoccios que debe completar una vuelta completa en 25.868 años. Sobre un cuadrante señala una aguja el tiempo verdadero, las horas de salida y ocultación del sol cada día del año. Una figura de Apolo indica la fecha y el santo del día. El cómputo eclesiástico, las ecuaciones

solares y lunares, la marcha de los planetas alrededor del sol, etc., etc., están indicados y resueltos mecánicamente. Estas y otras cosas hay en ese reloj; en ello está su mérito principal y éste pasa inadvertido para la mayor parte de las gentes.

Pero dejemos el reloj de Estrasburgo y volvamos al planetario de Nuremberg. Nos hallamos ante la última creación de la casa Zeiss: ante una creación que es verdadera maravilla de mecánica y de óptica. Estamos en un salón circular, cubierto por una cúpula semiesférica de 29 m. de diámetro. En el centro hay un aparato misterioso, sobre una montura con ruedas. La luz, escondida en la parte superior del muro donde se apoya la cúpula, ilumina suavemente el salón. Esa luz se va apagando, como un crepúsculo de la tarde, hasta extinguirse; de pronto, sobre la cúpula, aparece el cielo estrellado, pero con una propiedad, con una exactitud y con un relieve, que hace salir de todas las gargantas un rumor de sorpresa y admiración.

Las constelaciones, los planetas, la luna, la vía láctea, las nebulosas, se ven admirablemente.

Un profesor habla al público y da una lección vulgarizadora. Tiene en la mano un pequeño aparato eléctrico, con el cual lanza sobre la bóveda estrellada una flecha luminosa para señalar el astro que desea. Así estamos, y está todo el público, cerca de hora y media.

Por aquí desfila el público y los estudiantes de todas clases y los niños de las Escuelas.

Es imposible representar más fielmente la realidad ni descomponerla mejor para estudiarla. Es una verdadera maravilla para la enseñanza, para la divulgación, para la cultura popular; pero una maravilla que cuesta próximamente un millón de pesetas.—A.

TRATADO ELEMENTAL DE ALGEBRA

POR

VICTORIANO F. ASCARZA

Libro redactado expresamente para los aspirantes al Magisterio y para los opositores a Escuelas

Ejemplar, cinco pesetas.—Pídase en todas las librerías

CUENTO PARA LOS NIÑOS

La venganza de Felipe

I

Había en un pueblo importante de la provincia de Salamanca, un sastre muy conocido por sus convecinos. Algunos de ellos lo llamaban a trabajar a sus casas, para que no se quedase parte del paño que le entregaban, pues se murmuraba, creo que injustamente, que era demasiado aficionado a utilizar la tijera sin tasa ni medida.

Trabajaba con él un aprendiz muy vivaracho, llamado Felipe, el que se alegraba extraordinariamente cada vez que acompañaba a su maestro a trabajar a domicilio. Comían en las casas donde trabajaban, y sabido es que las dueñas se esmeran en la comida cuando hay algún huésped. A Felipe le gustaban los guisos apetitosos con que los obsequiaban, mucho más que el frugal cocido que su madre le daba.

Un día, estando cosiendo con su maestro en una casa muy conocida, supo, por casualidad, que había cocido para comer, y discurre el modo de estropear la comida para comer unos huevos fritos que a su maestro y a él tanto les gustaban, pues sabía que este sería el plato que su jefe había de pedir cuando vieran que el cocido estaba inservible.

Al entrar la dueña en la habitación donde trabajaban, y como había visto a la criada por la calle, pretextó una necesidad apremiante, pasó por la cocina, cogió la sal y echó una buena cantidad al puchero. Con la que ya habían puesto, estaba la sopa como en salmuera, por lo que no pudieron tomar ni una cucharada.

Al ver a la dueña toda azorada, dijola el sastre que no tenía por qué apurarse, que su comida estaba pronto dispuesta, ya que le gustaban los huevos estrellados y los torreznos, y comprendiendo que este contratiempo de la comida sería debido a alguna treta de su aprendiz, al que conocía muy bien, añadió: A Felipín le bastarán unos torreznos, porque no le gustan los huevos.

II

Comió muy a gusto el sastre, pero no su aprendiz, que pensó vengarse de su maestro, por la jugarreta que le había hecho.

Al tener éste que ausentarse de la sala donde trabajaba, llamó a la dueña, cuyo mal genio conocía, y con voz misteriosa le dijo:

«Mi maestro no ha ido donde dice, sino que se ha marchado a su casa para dejar en ella un buen trozo de paño que ha cogido.»

Dicho esto, nuestro Felipín se evaporó, huyendo de la tormenta que se avecinaba. En efecto, no hizo nada más que llegar el sastre, cuando la dueña empezó a increparle duramente, afeando su conducta. El, que era inocente, protestaba indignado, hasta que la señora de la casa confesó se lo había dicho el aprendiz.

Fueron en busca de éste, y no lo encontraban por ninguna parte; al fin fué hallado jugando con unos amigos. Al llamarlo, se presentó mohino y cabizbajo, esperando una reprimenda mayúscula.

Lo agarró el sastre por las orejas, preguntándole: «¿Quién te ha dicho que yo he cogido un buen trozo de paño y me lo he llevado a mi casa?»

Y Felipín, sintiendo todavía lo poco mal que había comido, le respondió medio lloroso: «¿Y a usted quién le ha dicho que no me gustan los huevos fritos?»

Soltaron los presentes la carcajada, excepto el futuro sastre, comprendiendo todos que el embrollo había sido urdido por Felipe, al ver desaparecida su ilusión de comer huevos fritos, por causa de su amo.

MANUEL SANCHEZ

E L C U L P A B L E

Pasó un hombre, y el pueblo gritó contra él: era el verdugo.

Pasó otro hombre, y el pueblo descubrió respetuosamente la cabeza: era el juez.

—¿Por qué me desprecias?—preguntó el verdugo.

—Porque matas—contestó el pueblo.

Y el verdugo dijo:

—Yo ejecuto una sentencia del juez. En todo caso, es a él a quien debéis despreciar.

Y el juez objetó:

—Si no hubieran leyes que condenaran, yo no dictaría sentencias; por tanto, a la ley es a quien debéis despreciar.

Entonces, dijo la ley:

—Si vosotros no me hubiérais formulado, yo no existiría, no las emprendáis conmigo; acusaos a vosotros mismos, que me habéis dado vida.

Y el pueblo se retiró calladito, pensando que, en resumen, él era el único culpable; porque el verdugo era un instrumento del juez, el juez, un instrumento de la ley, y la ley, un instrumento del pueblo.